



DICASTERIUM  
PRO LAICIS, FAMILIA ET VITA

EL AMOR EN LA FAMILIA COMO EXPRESIÓN DE LA VIDA TRINITARIA

***“La familia fundada en los caminos catecumenales de redescubrimiento del propio bautismo”***

Conferencia magistral

Card. Kevin Farrell

Queridos hermanos en el episcopado:

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Dirijo a todos ustedes, y en particular a Su Excelencia Mons. Panizza Richero, Obispo de Carabayllo, mi saludo y mis mejores deseos en el 25º aniversario de la creación de su Diócesis, erigida en 1996 por san Juan Pablo II. En este Año Jubilar concedido por el Santo Padre Francisco, el deseo de ustedes de celebrar las Bodas de Plata lanzando una mirada renovada sobre la familia no sólo es un testimonio de su intención de concretar la Exhortación apostólica *Amoris laetitia*, sino que también puede ser un modo de poner en marcha en su Archidiócesis ese camino sinodal, que no puede realizarse verdaderamente sin las familias. El camino sinodal *también con las familias*, de hecho, “es el camino que Dios espera de la Iglesia”<sup>1</sup> y es esencial comprender juntos qué procesos pueden “ayudarla a vivir la comunión, a realizar la participación y a abrirse a la misión” para anunciar el Evangelio. Por otra parte, las familias – se lee en *Amoris laetitia* – son «un precioso recurso, porque [...] pueden contribuir a renovar el tejido mismo de todo el cuerpo eclesial»<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Documento preparatorio, Por una Iglesia sinodal: comunión, participación, misión*, 2021, p. 3.

<sup>2</sup> *Amoris laetitia*, 207.

La comunión pertenece intrínsecamente a la familia en virtud del sacramento del matrimonio. Por eso, mirar el amor y la comunión familiar con una mirada de profunda inteligencia y empatía puede ayudar realmente a la Iglesia a comprender el sentido de la comunión eclesial, de su vocación de “estar juntos”. Al mismo tiempo, es precisamente en virtud del bautismo y del matrimonio que la familia, icono del amor Trinitario, quiere recorrer el camino sinodal como sujeto eclesial, para dar su propia contribución y participar con su propia experiencia de alegría y sufrimiento en la misión de la Iglesia.

Ayudar a las familias a redescubrir la gracia del bautismo como fundamento de su belleza y fortaleza ante los numerosos desafíos que enfrentan hoy en día. Este es el tema que me han propuesto. Espero que la reflexión sobre este tema les ayude a acompañar a las familias y a escucharlas con ternura y espíritu de corresponsabilidad. Precisamente, al involucrar a las familias, nuestro “caminar juntos” puede convertirse en lo que «mejor realiza y manifiesta la naturaleza de la Iglesia como Pueblo de Dios peregrino y misionero»<sup>3</sup>.

### *1. Los caminos catecumenales en el contexto cultural actual*

Hablar de *camino catecumenal* en referencia a la familia significa, en primer lugar, retomar una idea que no es nueva en la reflexión de la Iglesia más reciente y que había ido tomando forma desde el pontificado de san Juan Pablo II, en relación con la necesidad de la nueva evangelización. Con esta urgencia, ya había señalado a la familia cristiana como punto de partida para un redescubrimiento de la fe en las comunidades, no sólo como *objeto* a evangelizar, sino también como *sujeto* dotado del carisma de la evangelización. «La evangelización de la familia – subrayó san Juan Pablo II – es una de las mayores prioridades, si se quiere que asuma, a su vez, el papel de *sujeto activo* en la perspectiva de la *evangelización de las familias por medio de las familias*»<sup>4</sup>. Por lo

---

<sup>3</sup> SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Documento Preparatorio*, p. 3.

<sup>4</sup> JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Ecclesia in Africa*, 1995, 80.

tanto, debemos preocuparnos por hacer que el primer anuncio resuene en las familias, y no sólo entre los creyentes individuales, y esto debe convertirse en nuestro compromiso, porque desde las familias, de manera natural, a través de la educación de sus hijos y dentro de su red relacional, puede luego extenderse por todo el mundo.

Hoy, sin embargo, no podemos dar por sentada la fe de los que se van a casar ni tampoco de los esposos, por lo que el papa Francisco, desde el inicio de su pontificado, nos ha hablado de la importancia de introducir un «catecumenado matrimonial, entendido como **itinerario indispensable de los jóvenes y de las parejas** destinado a hacer revivir su conciencia cristiana, sostenida por la gracia de los dos sacramentos, el bautismo y el matrimonio»<sup>5</sup>. El catecumenado en sí mismo es único y tiene sus raíces en el bautismo, pero al mismo tiempo, en la vida matrimonial, tiene que ser permanente, ya que la gracia del sacramento del matrimonio es permanente, para que el corazón de los esposos permanezca abierto a la luz del Espíritu durante toda su vida matrimonial<sup>6</sup>.

La invitación es, por tanto, ofrecer a los jóvenes, a los novios y a los esposos un camino que parte del redescubrimiento del propio bautismo; un camino que se prolonga a través de la formación continua para profundizar en la conciencia de participar, como esposos, en el mismo amor que une a Jesús con la Iglesia y que san Pablo define como un “gran misterio” (cf. *Ef* 5,32).

Y esto se aplica no sólo a los esposos, sino a toda la familia: padres e hijos. Todos los miembros de la familia participan en el gran misterio en sus relaciones mutuas: marido y mujer, padres e hijos, hermanos y hermanas, en virtud de la comunión que brota de los sacramentos de los que todos están imbuidos (el bautismo, el matrimonio de los padres, la eucaristía, la confirmación y la reconciliación). Si la familia es realmente un icono vivo del Dios-Trinidad y la Trinidad es comunión de amor, en la familia cada persona existe *con* y *para el* otro. Esta es la familia.

---

<sup>5</sup> FRANCISCO, *Discurso con ocasión de la Inauguración del Año Judicial del Tribunal de la Rota Romana*, 29 de enero de 2018.

<sup>6</sup> Cf. FRANCISCO, *Discurso con ocasión de la Inauguración del Año Judicial*, 2018, cit.

Hoy, sin embargo, dos características en particular hacen de las familias un terreno difícil para la evangelización. En primer lugar, el “analfabetismo afectivo” de muchos jóvenes y adultos – causa de tantos fracasos matrimoniales y de opciones provisionarias de convivencia – que hace urgente la educación en el amor y la vocación al amor. Se trata de ayudar a las personas a entender el amor y el matrimonio no como una opción entre otras, sino como una respuesta personal a una vocación, a una llamada de Dios a la consagración matrimonial. En segundo lugar, nos encontramos con la ya evidente falta en la cultura y la actitud interior de las personas de una “apertura espontánea a lo trascendente”.

A diferencia de los primeros siglos, en los que el catecumenado clásico fue desapareciendo a medida que la sociedad se volvía predominantemente cristiana, hoy la necesidad del catecumenado vuelve a ser por la razón contraria: la creciente descristianización y secularización de la cultura y la sociedad exigen un itinerario de iniciación a la fe adecuado a nuestros tiempos. El hombre de hoy está centrado en sí mismo, atento a sus propias necesidades inmediatas y a sus sentimientos que, aunque inestables y cambiantes, son de hecho los que guían sus elecciones y su vida. El papa Francisco nos invita a «considerar el creciente peligro que representa un individualismo exasperado que desvirtúa los vínculos familiares y acaba por considerar a cada componente de la familia como una isla, haciendo que prevalezca, en ciertos casos, la idea de un sujeto que se construye según sus propios deseos asumidos con carácter absoluto»<sup>7</sup>.

## *2. De los hijos a los esposos, en un camino circular de gracia*

En este contexto, un camino de tipo catecumenal de redescubrimiento del propio bautismo se convierte en un método válido para vivir plenamente la fe, para abrirse al encuentro personal con Cristo y dar ese primer paso que cada uno de nosotros necesita para hacerse adulto, es decir, descubrir que somos hijos predilectos. Pensando en las

---

<sup>7</sup> *Amoris laetitia*, 33.

familias, la experiencia de la filiación es fundamental e indispensable para llegar a ser adultos y ser verdaderamente esposos, generativos entre los esposos y con los hijos. El matrimonio es un sacramento para adultos, pero cada vez más a menudo nos encontramos con personas inmaduras y con dificultades, tanto humanas como espirituales.

Teniendo en cuenta estas fragilidades, podría ser útil, a nivel pastoral, presentar el bautismo desde *una perspectiva sponsal*, es decir, llevar a las personas desde la conciencia de haberse convertido en hijos de Dios hasta la conciencia de estar llamados a la conyugalidad. Al mismo tiempo, es un *camino circular*, que desde el descubrimiento de la propia filiación lleva a la conyugalidad y de ésta a la genitorialidad: al hacerse más hijos, se puede ser verdaderamente esposos y luego padres, capaces de generar a otros a una vida plena en Cristo.

Por eso, el papa Francisco insiste en el catecumenado matrimonial como un itinerario de fe, que desde la *remota preparación* al matrimonio continúa al menos en los primeros años de matrimonio.

En otras palabras, lo que se necesita es un *camino de fe*, que desde la infancia “prepara el terreno” para recibir el anuncio y escuchar el modo en el que Dios llama. Este es el primer itinerario que nosotros los pastores estamos llamados a seguir con las familias: de la conciencia de *ser hijos* de Dios a *vivir como hijos* de Dios; de la conciencia de recibir el don de *compartir el mismo amor de Jesús* a *vivir cada vez más*, en la vida conyugal, en virtud de este amor permanente de Jesús por los esposos, entre los esposos. El hombre no es lo que cree que es, sino lo que Dios le llama a ser<sup>8</sup>: es él mismo cuando responde a su vocación, que nunca se detiene en el momento de la consagración (sea bautismal, sacerdotal o matrimonial), sino que continúa y se desarrolla a lo largo de su vida.

---

<sup>8</sup> H. U. VON BALTHASAR, *La vocazione cristiana*, Jaca Book, Milán, 2003.

### 3. *El don de la gracia desde el bautismo hasta el matrimonio*

En el itinerario de fe que puede llevar a dos jóvenes al matrimonio, es decir, en el paso del sacramento del bautismo al matrimonio, hay una continuidad en la acción de la gracia, que se manifiesta en tres aspectos particulares, de la que los que contraerán matrimonio deben ser conscientes y que nos puede ayudar a comprender la profundidad e importancia de un camino catecumenal, puesto de manifiesto por el n. 73 de *Amoris laetitia*: «el don recíproco constitutivo del matrimonio sacramental arraiga en la gracia del bautismo».

1. **La llamada a pertenecer a Cristo.** El bautismo es una llamada personal a pertenecer a Cristo. El bautizado se desprende del “hombre viejo” y abraza una nueva vida para siempre. Incorporado a Cristo, el bautizado está al mismo tiempo unido a todo el Cuerpo de Cristo, la Iglesia. En el matrimonio, los novios responden a la llamada a ser “uno en Cristo” y esto les sitúa, como pareja, en una nueva relación con la comunidad eclesial. Es importante, por tanto, que la Iglesia proclame el sacramento del matrimonio como un don de Dios y no como una formalidad o una obligación moral. Pedir el sacramento del matrimonio es reconocer la pobreza del propio amor, como humano, y el deseo de que sea *habitado* por el Espíritu Santo.

2. **La conversión.** El bautismo exige la conversión del individualismo: del yo al yo-en-Cristo y en la Iglesia. El bautizado se convierte continuamente del yo al Tú, de su voluntad a la voluntad de Dios, a la Providencia divina. También en el matrimonio hay una conversión del yo al nosotros y al nosotros-con-Jesús, dentro de la Iglesia. Los esposos adquieren así un lugar especial en la comunidad, dentro de la cual participan en el amor de Cristo por la Iglesia ya no como individuos bautizados, sino como *pareja*. Este aspecto es también muy importante desde el punto de vista pastoral, ya que nos obliga a mirar a cada persona casada a contraluz, como si siempre tuviera a su cónyuge al lado. Por eso, entender cómo implicar a los esposos juntos en las actividades pastorales y cómo acompañar a todas aquellas parejas en las que uno de los esposos es creyente y practicante y el otro no es creyente – situación muy extendida hoy en la mayoría de las familias, aunque estén fundadas en el sacramento del matrimonio – es

una prioridad para salvar a estas familias y no hacerlas sentir solas en un difícil camino existencial, en el que, sin embargo, la gracia puede actuar y hacerse presente.

3. **La elección.** El bautismo es la elección de pertenecer exclusivamente a Cristo. El matrimonio es la elección irrevocable de compartir la vida con Jesús. Consagrados por el sacramento que han celebrado, ya nada es profano en sus vidas: todo es gracia o puede convertirse en gracia. Sólo el pecado puede obstaculizarlos. En este sentido, es importante que en el acompañamiento y la formación de los esposos se ponga el acento en el *sacramentum in esse* entre ellos, es decir, en la sacramentalidad no sólo del rito que han celebrado, sino en la *sacramentalidad de la existencia conyugal* como su modo de ser en la Iglesia, que brota del rito y marca para siempre a los que se casan “en el Señor” (1Cor 7,39)<sup>9</sup>. En este sentido, san Roberto Belarmino hablaba del matrimonio como un *sacramento permanente*, a través del cual los esposos entran en una unión especial con Cristo y la vida de la gracia. Por eso, la vida familiar se convierte en terreno de santificación mutua de los esposos (GS 48). Por lo tanto, no es sólo el consentimiento de los esposos lo que es un sacramento, sino toda la relación conyugal, que representa la relación entre Cristo y la Iglesia. En AL 73 se lee: «El matrimonio cristiano es un signo que no sólo indica cuánto amó Cristo a su Iglesia [...], sino que hace presente ese amor en la comunión de los esposos». Y también: «Cuando un hombre y una mujer celebran el sacramento del matrimonio, Dios, por decirlo así, se “refleja” en ellos, imprime en ellos los propios rasgos y el carácter indeleble de su amor»<sup>10</sup>.

Por eso, «el sacramento – continúa explicando el papa Francisco – no es una “cosa” o una “fuerza”, porque en realidad Cristo mismo mediante el sacramento del matrimonio sale al encuentro de los esposos cristianos. Permanece con ellos, les da la fuerza de seguirle tomando su cruz, de levantarse después de sus caídas, de perdonarse mutuamente, de llevar unos las cargas de los otros» (AL 73).

---

<sup>9</sup> C. ROCCHETTA, Prefacio a L. FRONTALI, *La consacrazione nuziale. Significato e riflessione teologica*, Porziuncola, 2021, 7.

<sup>10</sup> *Amoris laetitia*, 121.

Estamos invitados, por tanto, a proponer a las familias formas concretas y factibles de caminos catecumenales *kerigmáticos*<sup>11</sup>, durante los cuales los jóvenes recibirán un anuncio que luego profundizarán, tras la celebración de la boda, en un *camino mistagógico*<sup>12</sup>. Es decir, se acompañará a los jóvenes matrimonios a ***entrar en el misterio*** que han celebrado y a reconocer en su vida cotidiana el don que han recibido de compartir el mismo amor de Cristo. Así ***experimentarán*** cómo el matrimonio no es un punto de llegada, sino de partida. «El corazón del misterio – dice el papa Francisco – es el *kerygma*, y el *kerygma* es una persona: Jesucristo. La catequesis es un espacio privilegiado para favorecer el encuentro personal con Él. Por lo tanto, debe estar entrelazada de relaciones personales»<sup>13</sup>. La indicación es clara: la Iglesia quiere ofrecer a los novios y a los recién casados un camino catecumenal ***entrelazado de relaciones personales*** y que logre, como deseaba san Juan Pablo II, ***la evangelización de las familias a través de las familias***.

#### *4. El valor y el papel del testimonio concreto de las familias*

¿Cómo podemos entonces anunciar eficazmente el Evangelio, un mensaje que, frente a la modernidad, parece fuera de tiempo? ¿Cómo podemos anunciar a los jóvenes que el amor, en el matrimonio, exige fidelidad y exclusividad? Una proclamación hecha de palabras ya no sirve hoy en día. Lo que se necesita es ***el testimonio***, que implica una relación de “persona a persona”, de familia a familia. Esto desplaza nuestra atención de una propuesta “general” a una propuesta prácticamente individualizada, porque pasa por una relación personal. Por otra parte, este es el camino del catecumenado: el acompañamiento de una persona hacia ***el encuentro con la persona de Cristo***. El catecumenado matrimonial, por tanto, ya no puede reducirse a una catequesis o a la transmisión de una doctrina. Debe aspirar a hacer resonar en los que

---

<sup>11</sup> “También en el corazón de cada familia hay que hacer resonar el *kerygma*”, AL 290.

<sup>12</sup> “Toda formación cristiana es ante todo la profundización del *kerygma*”, AL 58.

<sup>13</sup> FRANCISCO, *Discurso a los participantes en la reunión organizada por la oficina nacional de catequesis de la Conferencia Episcopal Italiana*, Sala Clementina, 30 de enero de 2021.

están por casarse el misterio del don que piden y que recibirán en el sacramento del matrimonio. Su vida cotidiana podrá ser vivida como una *liturgia nupcial*, celebrada en cada momento de su existencia. Este “permanecer” del sacramento, una vez realizado el acto celebrativo, exigirá, por tanto, que la atención pastoral no se detenga con la preparación al matrimonio, sino que se prolongue al menos durante los primeros años de vida matrimonial, para hacer conscientes a los esposos de que han recibido una misión especial y permanente dentro de la Iglesia.

En otras palabras, la propuesta a los que están por casarse es la de un *camino catecumenal* que parte del *redescubrir su propio bautismo*, de *experimentar* que se sienten hijos de Dios y parte de la Familia de Dios. Una vez casados, la gracia del sacramento, fortalecida por la eucaristía y la reconciliación, podrá sostenerlos y llevarlos gradualmente a la plenitud de la vida en Cristo en las pequeñas cosas de cada día. Y lo que atraerá a las familias a este camino será *el testimonio* de otras familias que han encontrado a Cristo y sienten el deseo no sólo de “dar una mano en la parroquia”, sino de llevar a otros a disfrutar de la alegría que experimentan en medio de mil dificultades. Será fundamental, por tanto, dar cabida en la acción pastoral a los matrimonios, que sepan dar testimonio de que el amor conyugal y familiar no viene como un “paquete de regalo”, cerrado y empaquetado el día de la boda, sino que es una “semilla” que necesita ser alimentada y cuidada constantemente, tanto en los momentos de serenidad como en los de tormenta, para crecer y fortalecerse. En este sentido, “testimoniar con la vida” no significa “decir” algo, sino **“mostrar”**: un arte que sólo las familias saben hacer, empezando por abrir las puertas de sus casas con gestos sencillos y cotidianos, como un domingo pasado juntos o una invitación a cenar. Acogidos en las familias, todos podrán ver por sí mismos cómo «el Evangelio de la familia responde a las expectativas más profundas de la persona humana»<sup>14</sup>, que quiere amar y ser amado infinitamente y para siempre.

---

<sup>14</sup> *Amoris laetitia*, 201.

El Santo Padre señala este camino para el acompañamiento en los primeros años de matrimonio: «Con el ritmo de vida actual, la mayoría de los matrimonios no estarán dispuestos a reuniones frecuentes, y no podemos reducirnos a una pastoral de pequeñas *élites*. Hoy, la **pastoral familiar** debe ser **fundamentalmente misionera**, de salida, en cercanía, en lugar de reducirse a ser una fábrica de cursos a los que pocos asisten»<sup>15</sup>.

Al profundizar en el significado de su bautismo incluso después de la celebración del matrimonio, los esposos descubrirán cómo pueden pertenecer al Señor y a la Iglesia. En el mutuo consentimiento que intercambian, ejercen su sacerdocio bautismal, que seguirán viviendo como esposos dentro del matrimonio, con formas y contenidos nuevos, con un *estilo conyugal* y dentro de realidades propias de la pareja y de la familia<sup>16</sup>. Su familia, una pequeña iglesia doméstica, será así un sujeto del que irradiará la Nueva Evangelización: tendrá la misión de ayudar a forjar la Iglesia, y el Pueblo de Dios podrá crecer como familia, fundado en la comunión del amor y el cuidado de la vida.

Ciertamente, la pandemia nos ha hecho apreciar el valor de las relaciones. El vacío que se ha creado en muchas iglesias y la dificultad actual para que las familias vuelvan a la iglesia debe ser una oportunidad para que reflexionemos seriamente sobre el estado de salud de la fe en nuestras comunidades y sobre la urgencia de poner en marcha caminos catecumenales. Pero también es necesario reflexionar sobre la calidad de nuestras relaciones cristianas, incluso entre pastores y fieles laicos. No pasó mucho tiempo hasta que la gente ya no sintiera el deseo de volver a donde quizás no se sentían esperados. Lo que ha faltado es una red de contactos humanos, de personas que se preocupan por los demás, que se interesan por cómo les va a sus colegas en el trabajo, que se dan cuenta cuándo el vecino de su casa necesita ayuda.

Redescubrir el valor del propio bautismo significa poder sentirse parte de una red, de una comunidad cristiana que cada persona debe construir concretamente, empezando por las relaciones que se tejen “cara a cara”. ¿Y dónde, si no en la familia,

---

<sup>15</sup> *Amoris laetitia*, 230.

<sup>16</sup> Cf. CEI, *La evangelización y el sacramento del matrimonio*, 1975, 36, 47.

aprendemos a construir relaciones auténticas? La pastoral que estamos llamados a tener para cada familia individual no puede reducirse a una cuestión de servicio, ya que es esencial para la vida y, hoy podríamos decir, para la *supervivencia* de las familias y las comunidades.

En particular, una de las cuestiones que más resuenan en los contextos eclesiales es cómo acompañar hoy a las parejas en profunda crisis, parejas en las que hay cosas que no se han dicho, perdones que faltan, sufrimientos indecibles. Los rasgos que más caracterizan estas experiencias son el aislamiento y la soledad, es decir, la falta de una comunidad. En este espacio vacío, sólo otras familias pueden actuar para ayudar a esas “iglesias domésticas” en dificultades a redescubrir, en el compartir, la solidaridad y el ambiente de amistad, una pequeña luz de gracia, la que puede reavivar su sacramento. Juan Pablo II decía al respecto en la *Familiaris consortio*: «Los cónyuges jóvenes sepan acoger cordialmente y valorar inteligentemente la ayuda discreta, delicada y valiente de otras parejas que desde hace tiempo tienen ya experiencia del matrimonio y de la familia. De este modo, en seno a la comunidad eclesial – gran familia formada por familias cristianas – se actuará un mutuo intercambio de presencia y de ayuda entre todas las familias, poniendo cada una al servicio de las demás la propia experiencia humana, así como también los dones de fe y de gracia»<sup>17</sup>. Es esta conciencia de la propia fragilidad la que abrirá espacios de comunión con otras familias y conducirá a una evangelización discreta, capaz de tejer nuevos caminos de convivencia cristiana.

He aquí, pues, un camino que forma parte del camino pastoral catecumenal: familias que se apoyan en otras familias y las conducen poco a poco hacia la Iglesia. Así es como la familia se convierte en objeto de evangelización.

##### 5. *Cómo vivir el camino sinodal con las familias*

Antes de concluir, y volviendo a situar nuestro discurso en el camino sinodal que, como Iglesia, hemos iniciado juntos, tratemos de preguntarnos cómo podemos

---

<sup>17</sup> *Familiaris consortio*, 69.

lograr “caminar juntos” con las familias hoy. Releyendo los objetivos del camino sinodal, tal como se describen en el Documento Preparatorio del Sínodo, y tratando de aplicarlos a las familias, me gustaría sugerir lo siguiente:

1. Tratar de comprender cómo el Espíritu llama a las familias, y no sólo a los individuos, a ser testigos del amor de Dios;
2. Vivir un proceso eclesial participado e inclusivo, que ofrezca a los esposos y a las familias la oportunidad de expresarse y de ser escuchados;
3. Reconocer y valorar la riqueza y variedad de los dones de las familias en la acción pastoral, para el bien de la comunidad;
4. Experimentar formas participadas para que las familias estén presentes y ejerzan su responsabilidad eclesial, tratando de convertir los prejuicios y las prácticas ineficaces en nuevas formas, que partan de las propuestas de las mismas familias;
5. Acreditar a la familia como sujeto creíble;
6. Regenerar las relaciones entre las familias a través de la amistad y el compartir;
7. Promover el conocimiento y la apreciación de la riqueza de *Amoris laetitia* para acompañar más eficazmente a las familias a nivel pastoral y en la formación de las mismas familias.

Espero que todo esto pueda marcar un camino verdaderamente sinodal entre ustedes para ayudar no sólo a la Iglesia a enriquecerse con la presencia evangelizadora de las familias, sino también para llevar a cabo caminos catecumenales capaces de acompañar a las familias a redescubrir cada día esa gracia bautismal, que en el matrimonio se convierte en presencia viva de Cristo en las familias.

Encomiendo su encuentro a la maternal intercesión de la Virgen María, asegurándoles mi cercanía en la oración y mi bendición. Gracias.

Card. Kevin Farrell

Prefecto